

LA CONTRIBUCIÓN IRLANDESA AL PROGRESO DE EUROPA EN EL SIGLO XVIII: MILITARES, POLÍTICOS Y COMERCIANTES¹

M^a BEGOÑA VILLAR GARCÍA

1. INTRODUCCIÓN

Creo que resulta un poco pretencioso el título que he propuesto para este artículo ya que se supone que debo de reflexionar sobre la presencia irlandesa en la Europa del siglo XVIII, cosa que casi me resultaría imposible si no fuera por la contribución de los propios historiadores irlandeses y por los estudios recientes de otros historiadores/as, belgas, franceses, alemanes y también españoles que han ampliado con sus trabajos el conocimiento que teníamos hasta hace poco sobre este tema.

Por lo que respecta a los historiadores españoles, desde 1960, fecha en que se publicó el libro del profesor Domínguez Ortiz *Los extranjeros en la vida española del siglo XVII* se ha pasado de las breves líneas que en él se dedicaban a los mercenarios irlandeses contratados por la monarquía española a mediados del siglo XVII, a un número considerable de monografías –libros o artículos- sobre militares, hombres de Estado, empresas, familias, personajes singulares etc que han culminado en ese pequeño libro, recientemente publicado en que se recogen las aportaciones de los 12 participantes en la sesión que sobre *La emigración irlandesa del siglo XVIII* tuvo lugar en el marco del X

1. Este texto debería haberse leído como conferencia en el Instituto Cervantes de Dublín el día 13 de septiembre de 2001. Los atentados del día 11 me disuadieron de volar hasta Irlanda en aquella fecha. Agradezco a D. Julio Crespo Maclennan, director en Dublín, la comprensión que me dispensó en aquellos momentos. El texto se publica con muy leves variaciones sobre lo previsto para aquella conferencia y por ello no se han puesto notas. Las referencias historiográficas deberán buscarse en la recopilación bibliográfica que contiene el libro *La emigración irlandesa en el siglo XVIII*, Málaga 2000.

Congreso Internacional sobre la Ilustración celebrado en Dublín en julio de 1999. La recopilación bibliográfica que el libro contiene da cuenta, aunque sea de forma incompleta, del atractivo del tema tanto en el pasado como en el presente.

En los tres últimos años, en la propia Irlanda o, de forma paralela, en otros países se han publicado libros o se han celebrado reuniones científicas cuyo común denominador ha sido el interés por las migraciones irlandesas y las repercusiones económicas, políticas o ideológicas de las mismas.

No puedo ser exhaustiva pero baste recordar algunas de esas aportaciones más recientes (1999-2001). Entre ellas, el libro de la profesora KARIN SCHÜLLER, de la Universidad de Colonia en Alemania titulado *Die beziehungen zwischen Spanien und Irland in 16 und 17, Jahrhundert. Diplomatie, andel und die social integration katholischer exsulaten* Publicado en Münster en 1999. Un año más tarde, una nueva aportación del profesor L.M CULLEN, del Trinity College, se ha sumado a su ya larga lista de investigaciones sobre el comercio exterior irlandés y las actividades de los comerciantes irlandeses instalados en los puertos europeos. Se trata del libro: *The Irish Brandy Houses of eighteenth-century France*. Asimismo, en el pasado mes de mayo, el prof. Cullen impartió un seminario en la Universidad de Barcelona sobre estos mismos temas, señal inequívoca de la vigencia y actualidad de estas cuestiones.

Con otro tipo de enfoque, centrado en cuestiones políticas y diplomáticas, se debe de mencionar el libro del prof. E. GARCIA HERNAN, *Irlanda y el rey prudente*, publicado en Madrid en 2000. Dentro de esta temática, el Congreso hispano-irlandés celebrado en Madrid, en marzo de 2001, con motivo de la conmemoración de la batalla de Kinsale, "*Irlanda y la monarquía hispánica: Kinsale 1601-2001. Guerra, política, exilio y religión*" proporcionó la ocasión para una reunión de historiadores irlandeses y españoles donde se revisaron la naturaleza de las relaciones hispano-irlandesas a finales del siglo XVI y comienzos del XVII así como el papel que jugaba Irlanda en la política internacional de la monarquía hispánica.

Asimismo se han publicado este año otros libros que suman nuevas aportaciones al tema. En primer lugar el volumen editado por el prof. Thomas O'CONNOR, de la National University of Ireland Maynooth, *The Irish in Europe 1580-1815*, Dublín 2001. En él se recogen doce estudios de diversos autores, irlandeses, franceses y americanos con temas que se ocupan, mayoritariamente, de las actividades intelectuales de los irlandeses instalados en Europa- historiadores, teólogos, filósofos y políticos- y su influencia sobre los pensadores europeos.

En otro orden de cosas también cabe mencionar, aunque sólo sea para volver a la Europa continental y a mi tierra, Andalucía, el libro de la profesora M^a C. LARIO DE OÑATE de la Universidad de Cádiz *La colonia mercantil británica e irlandesa en Cádiz a finales del siglo XVIII*, Cádiz 2001.

Estoy segura que son mucho más numerosas las aportaciones que se han hecho en torno a estos temas en el curso de estos tres años 1999-2001 -entre ellas la Conferencia o Congreso sobre **movimientos migratorios** celebrado en la Universidad de Cork en la primavera de 1999. Con ello quiero resaltar que todas estas publicaciones y reuniones científicas ponen de relieve el interés compartido por muchos historiadores, irlandeses o del resto de Europa, por la investigación en cuestiones que nos son comunes². Es un intento de encontrar respuesta para las muchas preguntas que plantea la investigación sobre los procesos sociales del pasado que han afectado de forma simultánea a nuestros países.

Tampoco se nos debe ocultar que el interés renovado que suscita la singularidad de las migraciones irlandesas de la Edad Moderna, está influido por la repercusión que tienen sobre los historiadores los procesos similares del presente. Por ello, en nuestros días, las migraciones legales o clandestinas, los desplazamientos forzados de las poblaciones debido a los conflictos bélicos, la resistencias políticas o a las catástrofes naturales así como los problemas de todo tipo que esos desplazamientos suscitan y las consecuencias que de ellos se derivan, nos llevan a considerar que las investigaciones que indagan sobre procesos similares en el pasado nos conectan con problemas sociales que guardan similitudes a través de largos ciclos cronológicos.

Por otra parte, las migraciones irlandesas de la Edad Moderna se deben insertar en unas corrientes migratorias más generales. Por ello, el *éxodo jacobita* se puede considerar como un elemento, numéricamente mayoritario, de unas corrientes de migración más antiguas que se habían establecido debido a múltiples factores: la tradición del *Gran Tour* entre las familias señoriales y más adineradas; la costumbre de servir como mercenarios en los ejércitos continentales o la de hacer educar a los jóvenes -no sólo al clero- en los colegios de irlandeses establecidos en los Países Bajos, el Imperio o España. En el contexto de estas corrientes de vaivén -movimientos temporales- se producían otras migraciones por causas económicas y sociales y a ellas se unieron las grandes oleadas de la emigración jacobita cuando se introdujo como elemento determinante una de las cuestiones más candentes en el pasado de Irlanda: la resistencia nacional frente a las imposiciones de la monarquía y el parlamento de Inglaterra. A lo largo de los siglos XVI y XVII, las persecuciones religiosas, las leyes penales contra los católicos y la proscripción política contribuyeron a

2. Redactada ya este artículo me llegan noticias de otras reuniones científicas que ya se habrán celebrado en nuestro país cuando aparezcan publicadas estas páginas. Se trata del II Congreso de la Asociación Española de Estudios Irlandeses. Barcelona. Junio de 2002, y del Curso de Otoño de la Universidad de Sevilla: *La Sevilla de Nicolás Wiseman*, coordinado por el prof. A. Garnica. Sevilla 16-20 de Sebpre. de 2002. Asimismo acaba de aparecer el libro de RECIO MORALES, O. *El socono de Irlanda en 1601 y la contribución del ejército a la integración social de los irlandeses en España*, Madrid 2002.

incrementar coyunturalmente los flujos migratorios y, finalmente, la fácil victoria de Guillermo de Orange, en 1688, provocó el gran aumento de la emigración jacobita propiamente dicha.

Son bastante dispares los datos sobre las estimaciones de cual pudo ser el número aproximado de irlandeses emigrados para seguir la causa de lo que consideraban la legitimidad y la legalidad. En cualquier caso, no está de más que las recordemos ya que se ha pasado de las cifras extraordinariamente abultadas que proporcionaron los contemporáneos —entre 120.000 y 450.000 personas— ningún estado de la época contaba con recursos para un desplazamiento repentino y masivo de población— a estimaciones que parecen mucho más realistas. Según éstas se habrían refugiado en el continente entre un mínimo de 30.000 y un máximo de 40.000 personas.

De ellos, en Francia, unos 25.000 militares habrían engrosado los ejércitos de Luis XIV en un primer momento. Y habría que añadir la población civil que se estima en unos 6.500 personas. Entre estos últimos se cuentan a los cortesanos y séquito directo de Jacobo II en Saint Germain en Laye, los alojados en París y los comerciantes establecidos en los diversos puertos de la costa atlántica. Sin embargo, después de la paz de Ryswick -1697- la mayor parte de los refugiados que habían estado en primer lugar en Francia se dispersaron por España, Nápoles, Roma, Austria, Prusia e incluso Rusia.

Las dudas, en cuanto al número, las provocan los antiguos Países Bajos españoles o los países escandinavos que recibieron, sin el paso previo por Francia, un número considerable de exiliados. Por otra parte, hay que añadir los llegados a lo largo de la primera mitad del siglo XVIII ya que cada tentativa de rebelión irlandesa o escocesa fue seguida de expulsiones y confiscaciones.

2. MILITARES Y HOMBRES DE ESTADO

Salvo excepciones —el rey destronado y su círculo más cercano en Saint Germain— los emigrados jacobitas, una vez llegados al continente, debieron hacer frente a unas condiciones de vida difíciles y a muchas carencias derivadas de las necesidades más urgentes —enfermedades, hostilidad de las poblaciones, ausencia de alojamientos adecuados, escasez de fondos para ayudas etc.—. Pero hacía falta vivir y casi todos necesitaban una ocupación que les garantizara la existencia inmediata. Por ello, la mayoría de los emigrados que eran, en gran parte, aristócratas consagrados al servicio de las armas y acostumbrados al emplearse como mercenarios en los ejércitos de las monarquías europeas, aceptaron la oferta militar de Luis XIV. Este los utilizó formando con ellos la brigada irlandesa que fue muy activa en los campos de batalla europeos hasta la paz de Ryswick (1697). Después se produjo una drástica reducción del ejér-

cito de Luis XIV que afectó también a las tropas irlandesas. Muchos regimientos pasaron a engrosar los ejércitos de otros países.

Las carreras militares de los jacobitas en los ejércitos continentales fueron en su mayoría honorables y, a menudo, muy brillantes. La nómina de irlandeses que llegaron a ser oficiales generales en los ejércitos de Francia, España, Austria, Rusia o Prusia es muy amplia. Estos ascensos se debieron, en primer lugar, a sus destacadas hojas de servicio en la guerra, pero también a que ofrecían, gracias a su gran formación y dilatada experiencia, algunas prestaciones que eran muy apreciadas para los gobernantes de los países donde servían. El conocimiento y la práctica de la disciplina militar así como una formación específica en conocimientos técnicos como artillería, ingeniería o sanidad, fueron muy valorados ya que ayudaron a la reorganización de los anticuados ejércitos continentales.

Ello estuvo propiciado por los cambios y rupturas que provocó la Guerra de Sucesión a la Corona Española en los comienzos del siglo XVIII. En algunos países como España, en los antiguos Países Bajos españoles y en algunos Estados italianos esos cambios afectaron de forma más o menos profunda a la organización del Estado y al reclutamiento de servidores para los puestos más relevantes.

Los cambios en los sistemas de gobierno estuvieron acompañados por la reorganización y reforzamiento de las instituciones militares, pero los gobiernos se vieron con problemas para seleccionar y formar a personal cualificado, de alto nivel y capacitado para comprender y transformar en hechos las directrices que emanaban de los nuevos gobernantes.

Por otra parte, las dificultades para encontrar el personal político, administrativo y militar fueron comunes a todos los territorios europeos sometidos a los cambios territoriales y de soberanía que se habían derivado de la paz de Utrecht o en aquellos en los que la voluntad del soberano pretendía una modernización del Estado como en Rusia.

Por ello, el servicio militar de los refugiados irlandeses estuvo asociado, en la mayoría de los países de asilo, con los servicios en la administración en una mezcla que rebasó el ámbito castrense y alcanzó el campo político y administrativo. Estas tareas las compartieron, al menos en España, con otros extranjeros -franceses, flamencos e italianos- ya que la nueva dinastía borbónica desconfiaba de la rancia aristocracia española que en la última etapa del siglo XVII había manifestado su ineptitud para el gobierno y ahora se mostraba reticente y opuesta a cualquier medida innovadora.

La etapa de máxima afluencia de irlandeses hacia España hay que situarla entre 1700 y 1720. Durante estos años llegaron familias enteras como los O'Brien, O'Nelly, O'Reilly, Mahony, O'Connor, O'Donnell, Lacy, O'Farril, O'Doyle y otras muchas.

La mayoría se trasladó a España con los ejércitos de Felipe V. La destacada actuación de algunas unidades irlandesas en la Guerra de Sucesión y el posterior arraigo y estabilidad de muchos de los oficiales en el servicio de la monarquía española llevaron al nuevo rey a concederles los mismos derechos de sus súbditos españoles, es decir, la naturalización. En cualquier caso, ellos conservaron durante mucho tiempo una doble fidelidad: a la legitimidad y legalidad perdida en Irlanda y a la soberanía del país que los acogía.

Gozando de tales privilegios, muchos completaron su integración social a través de su dedicación al servicio del Estado para cuyos puestos fueron promovidos no sólo por sus méritos de guerra, sino porque, frente a la vieja aristocracia española, estos extranjeros se mostraban más dedicados a los negocios públicos, más permeables a las ideas nuevas y más dóciles a la voluntad del rey al que debían su fortuna y ascenso personal.

No obstante, no era fácil para un extranjero hacerse hueco en los cargos de la alta administración civil (Audiencias, Chancillerías, Consejos etc.) por los lazos familiares y clientelares que hacía de la nobleza de toga un grupo compacto y cohesionado. Por eso los irlandeses tuvieron una especial relevancia en la administración militar.

Dado el fuerte componente estamental de los ejércitos de la época, las mejores posibilidades de promoción las tuvieron los irlandeses de ascendencia noble. Los refugiados que hacían constar sus orígenes nobiliarios entraban en el ejército como cadetes, lo que les permitía ascender más jóvenes a la categoría de oficiales. Después los servicios prestados facilitaban los ascensos.

En España, la proporción de irlandeses dentro de la oficialidad del ejército a lo largo del siglo XVIII no fue excesivamente alta -0.22%- . Sin embargo esa presencia fue más relevante en los altos mandos del ejército borbónico, especialmente entre los oficiales generales (Brigadier, Mariscal de Campo, Teniente General y Capitán General).

El cargo de Capitán General, que rebasaba las funciones militares y concentraba misiones políticas y administrativas, fue servido con frecuencia por irlandeses. Algunos de ellos fueron los fundadores de auténticas dinastías de militares dentro del ejército español. Entre ellos podemos citar -sin detenernos en sus *cursus honorum*- a los siguientes: Felix O'Neill (1720-1792) culminó su carrera al ser nombrado capitán general de Aragón y presidente de la Audiencia de Zaragoza. Alejandro O'Reilly (1723-1794), visitador en La Luisiana, gobernador militar de Cádiz, y capitán general de Valencia y Barcelona. También fue el inspirador de la creación de una academia militar en Avila con el fin de mejorar y modernizar la formación de los oficiales del ejército. Ambrosio O'Higgins (1720-1801), padre del libertador de Chile, gobernador y capitán general de Chile y más tarde virrey y capitán general de Perú y presidente de la Audiencia de Lima..

No podemos detenernos en todos los casos, pero es necesario subrayar que otros muchos también alcanzaron la máxima graduación o los puestos intermedios entre los oficiales generales del ejército. Tales ascensos los hacían aptos para cargos políticos y judiciales y, a menudo, vieron recompensados sus servicios con la concesión de honores nobiliarios: hábitos de las tradicionales Ordenes Militares, acceso a la nobleza titulada - barón, conde, marqués entre los títulos castellanos- y, a finales del siglo, Orden de Carlos III, un honor creado por este rey para premiar los méritos en el servicio a la Corona. O'Neill. Caballero de la Orden de Carlos III, Conde de O'Reilly; O'Higgins, barón de Bellenary y marqués de Osorno; O'Connor Phali, conde de Ofalia; O'Donnell, caballero de Carlos III etc.

La apetencia por los honores nobiliarios y en especial por los Hábitos de las Ordenes Militares -uno de los escalones más bajos del rango nobiliario español- les servía para ver reconocidos, en España, sus reales o pretendidos orígenes nobiliarios, pero también era una fórmula de integración plena entre la nobleza del país de acogida. Aun en su rango menor, el Hábito de Caballero les confería la calidad que los hacía aptos para aspirar a las más amplias posibilidades de promoción social.

Por otra parte, los nuevos nobles de origen irlandés estaban libres de los lazos clientelares y familiares propios de la rancia nobleza española y también carecían de intereses patrimoniales importantes. Por ello podían tener una gran movilidad geográfica y resultaban adecuados como inspectores o para desempeñar puestos políticos allí donde los castellanos levantaban suspicacias.

En este sentido cabe recordar que también los militares irlandeses ocuparon relevantes puestos de gobierno en la administración provincial. Los más importantes eran los de Intendente pues tenían competencias en materia de ejército y hacienda, pero fueron más numerosas aquellos que desempeñaron el puesto de Corregidor, sobre todo en puestos fronterizos y en corregimientos de la corona de Aragón que tuvieron a lo largo del siglo XVIII un marcado carácter militar.

Como ya se ha señalado, administración militar y administración civil no estaban del todo delimitadas en el siglo XVIII, por ello algunos de los más sobresalientes militares irlandeses al servicio de la corona Española llegaron a ocupar cargos en los Consejos, Chancillerías y Audiencias o en los, aun no profesionalizados, servicios diplomáticos.

El ejemplo más acabado de la complejidad y alcance de estos *cursum honorum* nos lo proporciona la trayectoria de Ricardo Wall (1694-1777). Quizás por ser tan conocido no sería necesario hacer mención de su figura, pero creo que es oportuno rememorarla por el carácter de ejemplo o de paradigma que presenta su trayectoria vital con una carrera iniciada en el ejército y culminada al frente de la Secretaría de Estado, lo que hoy se consideraría un primer ministro.

Los Wall habían sufrido en la época de Cromwell una primera confiscación de sus bienes por su fidelidad a los Estuardo y su familia procedente de Waterford se estableció en Nantes donde nació Ricardo en 1694. Su inicio en el servicio a la corona española lo hizo como guardiamarina en 1717. Participó en la expedición a Sicilia de 1718 pero después se pasó al ejército de tierra y sirvió en los regimientos irlandeses de Hibernia y Batavia donde fue ascendiendo hasta alcanzar el rango de mariscal de campo en 1747. En los años posteriores fue agente secreto en Aix-la-Chapelle y Londres. En 1750 era embajador de Fernando VI en Londres. Ascendido después a teniente general, fue nombrado Secretario de Asuntos Extranjeros. Finalmente se le nombró Secretario de Estado, puesto en el que se mantuvo desde 1754 hasta 1763. Aunque irlandés, era anglófilo pero supo cambiar en el momento favorable y firmar con la ayuda de Grimaldi el tratado con Francia llamado Pacto de Familia. Fue también el jefe del partido regalista -partidario del poder real sobre la Iglesia- y muy hostil a los jesuitas.

Para muchos historiadores la influencia de Wall fue importante porque se le considera uno de los instrumentos fundamentales para la consolidación de la Ilustración en España. Protegió y mantuvo su apoyo a los *filósofos* y *afrancesados* que marcaron con su sello el reinado de Carlos III e introdujeron en España el Despotismo Ilustrado. Muchos de los espíritus brillantes que aportaron ideas reformadoras en la España de la segunda mitad del XVIII debieron a Wall su fortuna o las distinciones que facilitaron su ascenso, entre otros Aranda y Campomanes. Asimismo otros irlandeses se vieron favorecidos por el apoyo de Wall. Entre ellos, el ya citado Alejandro O'Reilly; El conde Demetrio Mahony que fue nombrado embajador en Viena; Felipe Fernando O'Conry que llegó a formar parte del Consejo y en otro orden de cosas también apoyó al científico William Bowles, naturalista, químico y metalúrgico que realizó un inventario de los recursos mineros de España.

A éste último junto con Bernardo Ward, otro irlandés, se les puede considerar como funcionarios-consejeros que desempeñaron un papel más modesto pero sumamente importante en la reforma de España, sobre todo en el aspecto económico. Ambos actuaron en los años centrales del siglo XVIII.

Ward publicó en 1750 su *Obra Pía y eficaz modo de remediar la miseria de la gente pobre de España*. Donde planteaba la creación de industrias populares. A continuación hizo entre 1750 y 1754, por encargo de Fernando VI, lo que se puede considerar un viaje de estudios o más bien de espionaje por los países más desarrollados de Europa para recabar información sobre los progresos e innovaciones que se estaban produciendo en la agricultura, la industria y el comercio.

Fruto de ese viaje fue la redacción del *Proyecto económico en que se proponen varias providencias dirigidas a promover los intereses de España*, libro concluido en 1762 pero que no sería publicado hasta después de la muerte de su autor. Sin embargo el *Proyecto económico* planteaba agudamente los

problemas del atraso de España e influyó poderosamente en los reformistas españoles como Campomanes y Jovellanos.

La obra de Bowles *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España* (1755) debe ser mencionada también de forma especial. Fue el resultado de una serie de viajes y de investigaciones hechas en el país y, además, es complementaria al libro de Ward. Este propugnaba que los españoles aprovecharan los conocimientos extranjeros mientras que Bowles les revelaba las inmensas riquezas, sobre todo minerales, que poseían sin saberlo.

Antes del siglo XVIII los irlandeses fueron también numerosos en otras zonas europeas como los Países Bajos. Las razones de su elección como lugar de refugio hay que buscarlas, aparte de la cercanía geográfica, en razones socio políticas: territorios de la monarquía hispánica y de predominio católico que reunían las condiciones para el acogimiento de estudiantes, refugiados y proscritos irlandeses. Asimismo podían absorber los contingentes de mercenarios que la monarquía se vio obligada a reclutar en Irlanda.

Como se ha dicho anteriormente, desconocemos las cifras exactas sobre el número de irlandeses que llegaron a esa zona tras la derrota de los Estuardo, pero los cambios territoriales que se derivaron de la paz de Utrecht, contribuyeron a que algunas de las familias inmigradas alcanzaran un gran relieve en aquellos territorios. La retirada de la antigua administración española y las buenas relaciones de algunos irlandeses con los vencedores propiciaron su rápida integración en los nuevos cuadros dirigentes y su ascenso hasta alcanzar los más altos puestos en los consejos nacionales. Cabe citar a Juan Patricio O'Sullivan que llegó a ser consejero de Estado o a Jacobo O'Donoghue que fue consejero del Consejo de Flandes. Sin embargo fueron los Mac Neny los que realizaron la más brillante carrera ya que a lo largo de cuatro generaciones se mantuvieron en los más altos puestos del Estado.

Un resumen de sus trabajos sobre los Mac Neny los ha ofrecido recientemente el profesor B. Bernard de la U. Libre de Bruselas. Llegados hacia 1692 a los que eran todavía Países Bajos españoles, para su ascenso y consolidación se valieron de una sólida formación jurídica recibida en el colegio irlandés de Lovaina y de su integración dentro de las redes de relaciones e influencias tanto en los clanes de irlandeses mejor situados como en los círculos de juristas y altos funcionarios de Bruselas con quienes establecieron alianzas matrimoniales y de poder. Sin embargo ese poder lo ejercieron no sólo en beneficio del clan sino sobre todo al servicio de su nuevo país.

El fundador de la saga, Patricio Mac Neny, se convirtió en un gran especialista en cuestiones comerciales e impulsó el despegue económico del país con la creación de la Compañía de Ostende cuyos estatutos redactó él mismo. De sus dos hijos introducidos igualmente en la alta administración, fue quizás Patricio Francisco Mac Neny (1716-1784) el más activo. Desde su puesto de

presidente del Consejo Privado renovó el personal de los Consejos, impulsó el Despotismo Ilustrado, favoreció el desarrollo de la Ilustración e hizo aprobar los proyectos de reformas financieras. Igualmente se ocupó de la instrucción pública reformando la Universidad de Lovaina con la introducción de profesores extranjeros y la renovación de los métodos pedagógicos. Así pues, se puede considerar que fue uno de los ministros ilustrados más brillantes en los Países Bajos del siglo XVIII.

Un miembro de la tercera generación rehusó la carrera administrativa de sus antepasados y llevó una vida un tanto bohemia viajando por Europa. Finalmente, los años de la Revolución francesa y el posterior “diluvio napoleónico” terminaron por arrastrar al último miembro de la saga que murió oscuramente en Viena en 1833.

La evolución de la familia Mac Neny no fue un caso singular. En otros países, como en España, una vez hispanizadas las familias irlandesas tendían a reproducir las estrategias familiares y clientelares propias de la alta administración. De esa forma algunas de las grandes casas irlandesas se convirtieron en dinastías poderosas que promocionaron a sus miembros para conseguir el poder. Este modo de actuar también se ha observado en el mundo de los negocios como vamos a ver a continuación.

3. LOS COMERCIANTES

Se ha dicho que, en la historia de la Europa Moderna, algunas de las minorías expulsadas -judíos, hugonotes etc.- estuvieron ligadas muy estrechamente al desarrollo del capitalismo comercial. Los refugiados jacobitas confirman estas impresiones ya que contribuyeron a desarrollar la economía de los países donde se instalaron y allí dejaron su huella. Gracias a ellos algunas zonas europeas -Países Bajos, Suecia o Dinamarca- se integraron en los circuitos del gran comercio internacional y colonial. Así se les puede identificar como fundadores de empresas comerciales a lo largo de la fachada atlántica (Walsh en Nantes); como impulsores de grandes compañías marítimas (Mac Neny y Ray en Ostende, Colin Campbell en Suecia) e incluso como revitalizadores de las industrias tradicionales (Otard, Saule, Hennessy y Martell en Cognac).

Para explicar las razones de su rápido éxito se deben enumerar los siguientes factores: una mayor facilidad para encontrar empleo en el comercio que en otras profesiones ya que no compartían los prejuicios nobiliarios del continente frente a las carreras comerciales. Llegaban con un pequeño capital, insuficiente para permitirles una vida de rentistas, pero que podía constituir la aportación inicial para una carrera mercantil. Se integraron rápidamente en las redes de corresponsalías comerciales jacobitas por la dispersión de sus compa-

triotas en los puertos europeos y así estuvieron en conexión, desde el principio, con los circuitos del gran comercio internacional. Finalmente intentaron utilizar la prosperidad económica como arma política contra la nueva dinastía que reinaba en Inglaterra aunque en este sentido no lograron sus objetivos.

De este modo desde el principio del siglo los jacobitas se habían instalado en todos los puertos de la fachada atlántica europea y en muchos puertos del Mediterráneo. Desde el segundo tercio del siglo los grupos de mercaderes se incrementaron y los indicios documentales acerca de su conexiones y correspondencias internacionales dan idea de su importancia numérica y cualitativa.

Fue también en esta época cuando surgieron por toda Europa compañías de tipo privilegiado, alentadas o con participación de capital jacobita, que trataban de hacer la competencia al monopolio anglo-holandés.

De todas ellas la más característica fue la Compañía de Ostende (1715) que pretendía sacar a los Países Bajos de la decadencia económica en que se encontraba por el cierre de la desembocadura del Escalda y los intereses anglo-holandeses. Sus promotores -Ray, un irlandés naturalizado flamenco y otros jacobitas que procedían de otros puertos como Gough de Dunkerque y Sarsfield de Ruen- deseaban convertir Ostende en un activo puerto de comercio y contrabando. Para ello contaron con apoyos políticos como el de Patricio Mac Neny que redactó el reglamento de la Compañía y formó parte de los accionistas. Las acciones fueron suscritas por un número considerable de jacobitas instalados, como se ha dicho, en otros puertos europeos incluso españoles. Pero la compañía que se había creado por iniciativa de los jacobitas no se podía mantener frente a la competencia anglo-holandesa más que con medidas políticas que implicaban la ruptura con Inglaterra y un decidido apoyo a los planes de restauración de los pretendientes Estuardo. Sin embargo, Austria rechazó esta vía. En 1727 se suprimieron los privilegios de la Compañía que fue definitivamente liquidada en el segundo Tratado de Viena de 1731.

Desde ese momento los promotores irlandeses se dispersaron para llevar a otras partes su dinero y sus iniciativas: en Suecia, en Dinamarca, en Francia o en España. Todas las empresas de esa época tuvieron en común rasgos que las relacionaban con la gran aventura política que fue el jacobitismo en la primera mitad del siglo XVIII. Las esperanzas de restauración terminaron en fracaso, pero la aportación económica de la diáspora cumplió la función fundamental de poner de manifiesto las potencialidades aun no explotadas de ciertas zonas. Ellos difundieron los modelos económicos que habían visto funcionar en otras naciones -Inglaterra, Holanda, Francia- e introdujeron a otros países en los circuitos de una economía mundial hasta entonces monopolizada por las potencias atlánticas.

4. LOS IRLANDESES EN ANDALUCÍA

En las ciudades andaluzas los miembros de la milicia de origen irlandés han sido poco estudiados. Ello se debe a la condición móvil de las unidades militares que determinaba una gran dispersión en los destinos de sus miembros y por lo tanto una menor huella documental en los archivos locales. Sin embargo no fue raro que un irlandés ocupara puestos de relevancia militar y administrativa en las ciudades andaluzas. Un ejemplo lo proporciona Dionisio O'Brien, coronel de dragones, que falleció en 1723 siendo gobernador de Málaga. En sentido inverso, también hubo miembros de la milicia que, una vez licenciados, se dedicaron a la carrera mercantil dedicándose a los negocios.

Fueron estos últimos, los comerciantes irlandeses, los miembros de la diáspora que se hacen más visibles en las investigaciones sobre el comercio andaluz o en aquellas que se ocupan de las colonias de extranjeros instalados en nuestra región.

Como ya se ha indicado, desde finales del siglo XVII y en los comienzos del XVIII las redes comerciales jacobitas se establecieron a lo largo de las costas occidentales de Europa desde el Báltico al Mediterráneo. En España, Cádiz fue su principal plaza de asentamiento. En los primeros años se instalaron algunos comerciantes por sí mismos, pero con frecuencia llegaron miembros de las familias instaladas en otros puertos europeos y se establecieron, en principio, como sucursales o comisionistas. Así los Gouh procedían de Dunkerque; Los White, Macnamara y Geraldin tenían familiares en Nantes; los Butler en La Rochela y los Donovan en Burdeos.

Hacia el final del primer tercio del siglo XVIII, coincidiendo con la liquidación de la Compañía de Ostende, las colonias de comerciantes irlandeses establecidos en Andalucía se ampliaron y nuevas casas de comercio se fundaron tanto en Cádiz como en los demás puertos andaluces.

Las ciudades que contaron con un mayor número de irlandeses fueron Cádiz, como sede del monopolio americano, y las poblaciones de su entorno - Puerto de Santa María, Sanlúcar de Barrameda, Rota e incluso Huelva. Málaga, el segundo puerto de Andalucía, y Sevilla, la antigua cabecera del monopolio americano, también acogieron a sendas colonias de irlandeses

En todas ellas los recuentos de población y las *matrículas de extranjeros* efectuadas a lo largo del siglo nos muestran de forma reiterada un grupo numeroso de irlandeses instalados entre sus vecinos. No siempre se hizo una distinción clara entre ingleses, irlandeses y escoceses, pero a lo largo del siglo el número de irlandeses fue siempre superior al de los demás miembros de la colonia británica.

En Cádiz, es difícil establecer un número aproximado de los instalados a lo largo del siglo, ya que pasamos de los 20 que figuran en los padrones muni-

cipales de principios del siglo a los más de 100 identificados por la profesora Lario de Oñate en el último tercio del mismo. En cualquier caso el grupo de irlandeses ocupó siempre el tercer lugar dentro de la colonia extranjera de Cádiz tras franceses y genoveses.

Los que eligieron Málaga para su instalación siguieron pautas parecidas: precoz instalación en la ciudad, parientes en otros puertos europeos y andaluces, intensificación de las llegadas a partir de 1730, una colonia más numerosa que el resto de los británicos y, finalmente, ocupaban asimismo el tercer lugar, tras genoveses y franceses dentro de las matrículas de extranjeros de Málaga.

En ambos casos la mayoría procedía de ciudades irlandesas muy conocidas o de sus parroquias rurales. Wateford era declarada como el lugar de origen de un buen número (más del 30%), pero también habían llegado desde Dublín, Galway, Kilkeny, Limerick etc.

La mayoría se dedicaba a las actividades mercantiles -hombres de negocios, mercaderes, dependientes etc.-, aunque también ejercían otras profesiones ya que, a pequeña escala, reproducían las situaciones sociales más dispares.

Así, en 1773, de los 127 irlandeses censados en Cádiz, 48 eran comerciantes; 41 eran dependientes de comercio y otros 8 ejercían diversas profesiones relacionadas con el comercio. Es decir, el 74% del total. El 26% restante -35 personas- ejercían profesiones diversas como militares, religiosos, médicos, carpintero, sastre, zapatero, posadero, costurera o lavandera.

Como los demás extranjeros, se trataba de un grupo nacional formado por una absoluta mayoría de varones que mantuvieron elevadas tasas de soltería. Del mismo modo se les ha observado como una colonia muy cerrada que practicaba, de forma muy notoria unas relaciones de tipo endogámico en el seno del grupo nacional y que procuraban preservar la homogamia social a través de sus relaciones familiares y profesionales. En este sentido se ha comprobado que procuraban vivir unos cerca de otros concentrándose en aquellos lugares de las ciudades vinculados a los grupos burgueses o a las actividades mercantiles.

En sus actividades profesionales, los comerciantes irlandeses establecidos en Andalucía, seguían unas pautas en todo semejantes a las que regían en los medios comerciales de la Europa occidental a cuyas redes de correspondencia se hallaban vinculados. Según los datos de que disponemos, eran numerosos los comerciantes a título individual, pero no les era ajena la asociación mercantil de tipo personalista que era la más común en los medios mercantiles de Europa. En el curso del siglo participaron, igualmente, en compañías de seguros por acciones o en el establecimiento de las compañías privilegiadas que también se fundaron en Málaga a finales del siglo.

Como ya se ha indicado, su vinculación al comercio occidental les permitía la expedición y recepción de mercancías entre los principales puertos de la fachada atlántica, aunque sus redes llegaban a los principales puertos europeos

del Mediterráneo e incluso a los del norte de Africa. Los privilegios de naturaleza concedidos a los irlandeses católicos les proporcionó oportunidades para viajar y comerciar con la América española. Muchos de ellos iniciaron su fortuna con los viajes que, en sus años de juventud, los llevaban hasta allí. También mantuvieron relaciones frecuentes con los principales focos del comercio indiano como Cartagena de Indias, Veracruz o Jalapa en donde solían desplazar a algún miembro de la familia o contaban con un comisionista de su confianza. No fueron raras las asociaciones mercantiles en aquella parte del mundo entre españoles y hombres de origen irlandés. Igualmente fueron numerosas a lo largo del siglo, las naturalizaciones y la matriculación de irlandeses en el Consulado gaditano.

A través de ellos, Europa colocaba en el comercio andaluz e indiano tejidos de lana, algodón y lino, quincalla, bacalao, pieles curtidas, trigo y un amplio abanico de productos que iban desde los objetos de barro cocido hasta los pianos o colmillos de elefante.

A cambio Andalucía ofrecía principalmente los tradicionales vinos, los productos coloniales y los metales preciosos que procedentes de América que servían para equilibrar la deficitaria balanza comercial española.

En cuanto a sus ingresos, en Cádiz el grupo irlandés mantenía el tercer puesto, tras franceses y españoles, en las evaluaciones de beneficios que hizo la administración española a mediados del siglo. Algunos como Antonio Butler y Lorenzo Carew ocupaban un puesto entre aquellos a los que se les consideraban ganancias en torno a los 25.000 pesos. En un escalón más bajo -ganancias de 15.000 pesos-. se hallaban "Lorenzo Ley y Cía" y Pedro Strange.

En Málaga, las ganancias atribuidas a los irlandeses eran más modestas - en torno a 5.000 pesos al que más- pero en cambio eran considerados los principales animadores del comercio de la ciudad.

En un puesto semejante al de Málaga habría que considerar a los irlandeses instalados en Sevilla aunque todavía las investigaciones sobre ellos son muy escasas. En cambio los irlandeses instalados en Huelva, aunque unidos por lazos familiares y profesionales con los de Cádiz y Sevilla, se nos muestran como comerciantes más modestos y comisionistas de sus compatriotas instalados en las dos ciudades.

La acumulación de riqueza observada coloca a algunos de estos comerciantes en los niveles medio-alto del ranking establecido para el comercio de Sevilla en el siglo XVIII. Y podemos decir que los irlandeses instalados en Cádiz ocuparían los primeros puestos, el segundo lugar correspondería a los de Málaga, el tercero a Sevilla y finalmente muy por debajo de ellos habría que considerar a los de Huelva. -Hasta ahora no hay datos para Jerez ni el Puerto de Santa María-.

No podemos entrar en detalles técnicos acerca de la composición de los capitales observados, pero baste decir que se les puede calificar como capitales

típicamente mercantiles, con un predominio aplastante de los bienes muebles —dinero líquido y capital circulante—. Unicamente aquellos que habían acumulado un capital más amplio se interesaron por las inversiones inmobiliarias —fincas urbanas o rústicas—. Finalmente hay que señalar su interés por las inversiones que podemos considerar protoindustriales a fines de la centuria. Estas no estuvieron limitadas, al menos en Málaga, a la mejora en la elaboración de vinos y aguardientes, sino que se interesaron por la elaboración de azúcares o incluso por las extracciones mineras y los inicios de la siderurgia en la costa malagueña.

La larga vinculación de algunas familias irlandesas con el comercio de las ciudades andaluzas ayudó a su enriquecimiento y a que se culminara, en muchos casos, la integración social. Por ello los miembros de estas familias irlandesas, pero ya naturalizadas, alcanzaron reconocimientos y honores en la sociedad española. Entre ellos cabe mencionar los cargos directivos en las instituciones mercantiles, la representación consular de algunos Estados, miembros honorarios de la Real Junta de Comercio etc.

La evolución económica de las compañías de comercio y de los comerciantes a título individual se puede decir que fue favorable hasta finales del siglo XVIII. Pero en los últimos años del siglo y en los comienzos del XIX los capitales de los irlandeses se vieron afectados por las duras crisis que se derivaron de las guerras contra Inglaterra, de la apertura del comercio americano a los países neutrales y de las guerras napoleónicas en Europa y en la propia España.

La desaparición física de algunos de los más importantes comerciantes irlandeses de la segunda mitad del XVIII se vio acompañada por el eclipse, a corto plazo, de sus empresas. En el siglo XVIII era normal una vida profesional de treinta o cuarenta años, pero la dura etapa del primer cuarto del siglo XIX impuso unos relevos con plazos mucho más cortos que aun no se conocen en su totalidad.

Como se ha dicho, las bases de la consolidación económica de los comerciantes de origen irlandés en la Andalucía del siglo XVIII, están muy relacionadas con la amplitud de sus actividades profesionales, con la complejidad y diversidad creciente de sus negocios y con la difusión, entre ellos, de la asociación mercantil.

Pero la integración social estuvo ligada igualmente al interés precoz que los irlandeses demostraron por un tipo de formación técnica destinada al ejercicio de las actividades mercantiles. A ello se unió la creación de una amplia red de relaciones personales, limitada en principio a la familia y a los compatriotas y más tarde al conjunto de la sociedad. Estas nuevas relaciones, inseparables de la consolidación económica, abrieron la posibilidad de la plena integración en el seno de la sociedad autóctona y, en ciertos casos, a la movilidad y a la promoción social.

Las alianzas matrimoniales jugaron un papel decisivo. La endogamia era una práctica bastante extendida en ciertos grupos de extranjeros establecidos en España, pero entre los irlandeses resultaba especialmente notoria. Sin duda obedecía a intereses no sólo económicos sino también nacionales ya que, para ellos, se trataba de salvaguardar su lengua, sus costumbres, sus lazos tradicionales de parentesco y, por supuesto, los circuitos de comunicación económica con sus compatriotas y con su país de origen. Así pues, la endogamia -entre compatriotas- y la homogamia social eran estrategias empleadas por todos los grupos de irlandeses instalados en las ciudades andaluzas en el siglo XVIII. Sin embargo las aspiraciones sociales de los comerciantes irlandeses estaban puestas en el grupo nobiliario, ya que pretendían que, en su país, esa era su procedencia social. Por ello se preocuparon por conservar los documentos que acreditaban su origen y sus genealogías y por ello procuraron obtener, en España, “*ejecutorias de hidalguía*” que les reconocían el rango nobiliario que ya tenían en Irlanda. Por otra parte, imitaron ciertos comportamientos sociales de la nobleza como compra de bienes raíces, estilo de vida, fundación de vínculos y otros comportamientos simbólicos con los que pretendían acercarse al estatus deseado. Solamente al final del siglo y entre las familias más ricas se cumplieron esas aspiraciones mediante las alianzas matrimoniales con la nobleza autóctona o la obtención del rango nobiliario por sí mismos.

Una reflexión final nos lleva a decir que los irlandeses establecidos en Europa y en Andalucía a finales del siglo XVII y en los comienzos del XVIII guardaron celosamente su identidad en el curso de tres o más generaciones. Durante ese tiempo se enriquecieron y, finalmente, desvanecidas las esperanzas de una reintegración nacional, se fundieron en la sociedad autóctona. Hacia finales del siglo pertenecían a las burguesías de las ciudades europeas e incluso a su pequeña nobleza. Desde esa posición privilegiada jugaron un papel muy activo en la creación de las condiciones económicas y sociales que impulsaron las innovaciones científicas y técnicas que estuvieron en la base del crecimiento de esas ciudades en etapas posteriores.